

Monsiváis: los rostros evanescentes y entrañables

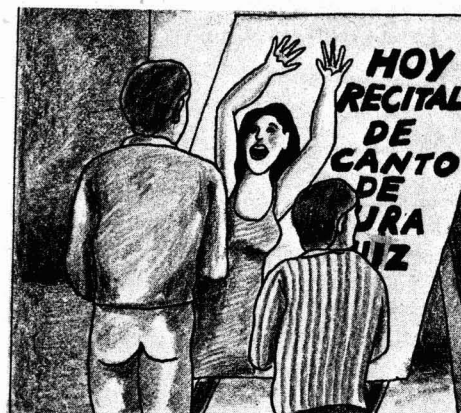
Cuando Carlos Monsiváis define en su libro *Amor perdido* (México, 1977, Era, publicado previamente por el Departamento de Bellas Artes de Jalisco) a José Alfredo Jiménez como "...uno de los poetas más significativos de México" (p. 96), a Agustín Lara como "...un espíritu rico y afinado" (p. 78) y a David Alfaro Siqueiros como "...una situación establecida, mucho más que un monstruo sagrado, la postrer instancia de un movimiento cuya contemplación... nos sirve para redefinirnos observándonos en las gesticulaciones ideológicas y culturales que su examen provoca" (p. 102), no hace otra cosa que poner en ejercicio el título del libro. Que se llame *Amor perdido* no es, tras la lectura del contenido, otro de los rescates de lo mejor de la llamada cultura popular a que tan afecto es Monsiváis, es la clave de todo su quehacer periodístico, de sus inquietudes culturales, de la estructura y razón de ser del libro mismo.

De los trabajos publicados por Monsiváis desde 1972 en distintas revistas, ha escogido y modificado (además de agregar episodios inéditos) aquellos que hablan preferentemente de personajes, imágenes, mitos y/o ídolos que precisaron, determinaron o fueron sujetos representativos de distintas épocas y situaciones típicas del México contemporáneo y de las vivencias más profundamente asumidas del autor; en rigor, aquellos episodios que se podrían llamar "crónicas generales", donde se busca reflejar más un ambiente que una personalidad (*Alto contraste, La vieja izquierda, La naturaleza de la onda, el concurso de Miss México* y todos los episodios de *La crema de la crema*, con excepción del referido a Genaro Fernández MacGregor), nuevos "días de guardar", fechas, celebraciones que se perpetúan a pesar del calendario como definitorios del microcosmos urbano mexicano, son también la ambientación propiciatoria para la presentación de los personajes; si en estos casos el ambiente define a sus intérpretes, en dialéctica venganza cuando la crónica cede su sitio a la semblanza es el personaje quien define la época y la situación. Y están Agustín Lara identificando su inicial satanización moral pública y su pos-

terior institucionalización nacional con las de Salvador Novo, o la inmensa e infatigable batalla personal de Siqueiros o de José Revueltas y la sonrisa arrogante de Irma Serrano enfrentando sus vigorosas presencias a la de Fidel Velázquez reelecto atrozadoramente y por enésima vez en Cuernavaca. Y se instala la insolente ostentación arribista de la burguesía revolucionaria (*El proyecto general: atmósferas de alta sociedad*), la (ya no tan neo) porfirista (*El self made man*) y la versión local, pero igualmente ingenua, del *Radical chic* neoyorkino de Tom Wolfe, en los estudiantes liberales de "famosa universidad particular", todo eso contrastando con la rabia intensa y áspera de los universitarios poblanos calumniados y asesinados impunemente por la derecha provinciana, la impotencia del líder agrario Ramón Danzós Palomino ante su arbitrario encarcelamiento y los desengaños, frustraciones, persecuciones y angustias que emparentaron a la izquierda veterana de los 30's con la chaviza ondera de finales de los 60's, con sus batallas estérilmente ganadas (mediana aceptación social de la melena, mínima liberación sexual, la efímera y vilipendiada gloria de Avándaro, la muerte del rock).

Pero sobre todos, está Carlos Monsiváis como estrella principal, el introductor de las mañas y virtudes como cronistas de Mailer y Wolfe para el periodismo mexicano, el maniaco en buscar la raíz de los fenómenos actuales en la legislación o los usos sociales porfiristas (o anteriores, si se puede) y, principalmente, el que al consignar la historia de los ídolos escribe la propia: ¿cómo no ver en los militantes pacifistas que "...recorren las calles, instalan mesas en Avenida Juárez y San Juan de Letrán, el dibujo de Picasso en el escritorio y la paloma de metal en la solapa" (p. 130) el testimonio de su precoz adolescencia leninista? ¿o en la entrañable defensa de la marginación moral de Salvador Novo en los 20's y 30's (p. 273) un comentario de la pertenencia de Monsiváis a minorías sistemáticamente despreciadas en México (por protestante, por intelectual, etcétera)? El comentario es obvio y, por lo mismo, propicia la aclaración: por encima de los géneros, la obra de Monsiváis, desde su *Antología de poesía mexicana del siglo XX* (1966) hasta *Amor perdido* no es más que un conjunto ininterrumpido de actitudes personales, de comentarios en torno a sí mismo, a sus añoranzas y admiraciones.

A Monsiváis le puede decepcionar la



traición de Novo a su imagen original, podrá ironizar y ridiculizar a la burguesía que aspira al cosmopolitismo viendo danzar a Nureyev o que reniega de sí misma y quiere "ir al pueblo" y revelarles quiénes son sus explotadores, o buscará explicarse los ejemplos típico-clásicos de "águilas descalzas" nacionales (Raúl Velasco y Fidel Velázquez) hundiéndose en la masificación inevitable que ambos nombres suponen, aún así, los personajes, degradados o degradantes, ejercen en el autor una fascinación acaso tan intensa como la que manifiesta al hablar de la feroz irreverencia de Irma Serrano o de Isela Vega reduciendo la agresión machista a su grado cero inexpresivo o de los bellísimos casos de insurgencia a punto de quedar olvidadas de Benita Galeana, Joel Arriaga, Danzós Palomino e Hilario Moreno Aguirre.

Amor perdido es un libro revigorizante culturalmente, aún cuando sólo se le viera como un notable conjunto de semblanzas y crónicas. Monsiváis trasciende géneros y temas y cada capítulo da fe de lo que es el libro en general, un compendio de las mañas y fobias culturales, de los trucos estilísticos, de la erudición al servicio de la descripción añorante (recordar a los personajes de *La invasión de Mongo* con motivo de la asamblea de la CTM), del intento de autoexplicarse una realidad a veces demasiado previsible o incongruente para ser explicada, del intento de recuperar y fijar en una memoria cultural (comprendida entre las tapas del libro) lo que de algún modo ha determinado, a veces sin saberlo ni proponérselo, los espasmódicos actos de una sociedad que se quisiera soñar inmóvil.

Gustavo García

Carlos Monsiváis: *Amor Perdido*. Editorial Era, México, 1977.